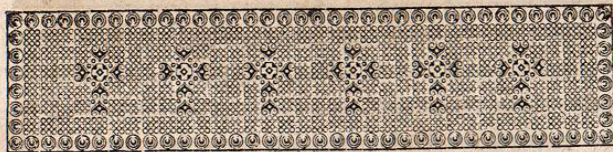


Y al ver así descoyuntado al Fuerte,  
 Cubrióse el rostro con su negro velo.  
 La paz en tanto ocupa estos retiros,  
 Las hojas de la palma están serenas,  
 Se oyen las olas del torrente apénas,  
 Y del Hijo del Hombre los suspiros.  
 Llegada al colmo la mortal congoja,  
 Clama á su PADRE con mayor vehemencia,  
 Y cae segunda vez en su presencia  
 Cubierto en sangre que la tierra moja.  
 En tan mortal y pálido desmayo  
 No quiere usar de su poder divino:  
 Tiene á su izquierda quieto el torbellino,  
 Y á su derecha encadenado el rayo.  
 Mas viendo el SALVADOR que se adelanta  
 Para prenderle silenciosa tropa,  
 Por fin apura la tremenda copa,  
 Y del suelo sudando se levanta.  
 Júdas en tanto llégase al Ungido,  
 Y á venderle besándole se atreve.  
 ¡Ay del Apóstol infeliz y aleve!  
 ¡Mejor le fuera nunca haber nacido!



## CAPÍTULO XII.

### PRODIGIOS, SITIO, É INCENDIO DE JERUSALEN.

„**A**L llegar *Jesucristo* cerca de Jerusalem, poniéndose á mirar esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo:

„¡Ah! si conocieses tambien tú, por lo ménos en este dia que se te ha dado, lo que puede atraerte la paz ó *felicidad*; mas ahora está todo ello oculto á tus ojos.

„*La lástima es* que vendran unos dias sobre tí, en que tus enemigos te circunvalarán, y te rodearán *de contra-muro*, y te estrecharán por todas partes:

„Y te arrasarán, con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de tí, y no dejarán en tí piedra sobre piedra; por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.”

Antes de comenzar la guerra, dice Josefo, reunido el pueblo una vez para celebrar la pascua, se vió á las nueve de la noche, por espacio de media hora tan gran luz alrededor del altar y del templo, que parecia ser de dia claro. En otra á las seis de la tarde la puerta oriental del templo, que era de bronce y tan pesada que apenas podian moverla veinte hombres, se abrió por sí misma á pesar de estar cerrada con gruesos cerrojos de hierro y aldabas que entraban mucho en el umbral que era de una sola piedra. Los guardas del templo desde luego avisaron al magistrado, quien fué allá, y le costó gran trabajo hacerla cerrar . . .

En 27 de mayo, poco despues de la fiesta, sucedió una cosa que no referiria yo porque no se creyese mentira, si personas que la vieron no estuviesen vivas todavía, y si las desgracias posteriores no confirmaran la verdad. Se vieron en el aire ántes de salir el sol, carros llenos de gente armada recorrer las nubes, y repartirse alrededor de las ciudades como para cercarlas.

El dia de la fiesta de Pentecostés, estando de noche los sacrificadores en el templo interior para celebrar los oficios divinos, oyeron ruido y despues una voz que dijo muchas veces: „Salgámonos de aquí.”

Cuatro años ántes de comenzarse la guerra, y cuando Jerusalem gozaba aún de profunda paz y de suma abundancia, Jesus, hijo de Anano, hombre rústico y plebeyo, habiendo venido á la fiesta de los Tabernáculos, que se celebra todos los años en el templo en honor de Dios, principió á dar grandes voces repentina-

mente diciendo. „Voz por Oriente, voz por Occidente, voz por las cuatro partes de los vientos, voz contra Jerusalem y contra el templo, voz contra los recién casados y contra las recién casadas, voz contra todo este pueblo.” Y no dejaba noche y dia de correr plazas y calles, repitiendo esto mismo, á pesar de que le dieron muchos azotes desollándole hasta los huesos. . . . pero á cada golpe que le daban repetia con voz lastimera: ¡Ay, ay de tí Jerusalem . . . . .

. . . . . y cuando fué la ciudad cercada entendieron todos claramente sus predicciones, y él rodeando otra vez la ciudad, gritaba con voz alta: ¡ay, ay de tí, ciudad, templo y pueblo! Y habiendo añadido: ¡ay de mí tambien! una piedra echada con una de las máquinas de guerra, luego lo mató y le hizo salir el alma, que aun llovía todo el daño y destruccion que tenia presente.

Cuando aquesta ciudad delincuente

Se manchó con la sangre del Justo,

Un acento incesante robusto

Fatigaba los ecos do quier.

Con proféticas voces revela

Los arcanos del tiempo futuro:

„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!

„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

En el aire de sangre teñido

Escuadrones de ardientes guerreros

Con clarines, banderas, aceros,  
Discurrir combatiendo se ven.

Despeñados despues los recibe  
En sus senos el báratro oscuro:  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Los Levitas oyeron de noche  
Dentro el SANCTA SANCTORUM agosto,  
De pavor penetrados y susto,  
Pasos de hombres huyendo en tropel:

Y una voz que pronuncia: *Salgamos*  
*Presto, presto del sitio inseguro:*  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

El concento del harpa y salterio,  
Y los ecos del gozo callaron:  
Los ancianos sus voces alzaron,  
Los mancebos gimieron tambien:

Vanos son de la Virgen los lloros,  
Es del mago impotente el conjuro:  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

De furor el romano ceñido  
A tí viene frenético y ciego:  
Le precede la muerte y el fuego,  
El espanto le sigue despues:

Y te cerca, y te estrecha, y te intima  
Su decreto terrífico y duro:

„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Fuertes lazos te cercan de muerte,  
Hambre, espada, dolor te circundan,  
Tus recintos de sangre se inundan,  
En tí reina mortal palidez:

Estallando tus puertas, dan paso  
Al gentil, al profano, al impuro:  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Alza el soplo de la ira divina  
En tu seno una súbita llama,  
El incendio voraz se derrama,  
Y consume tu vana altivez:

Toda envuelta en torrentes de fuego  
Ya no ofreces un punto seguro:  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Con el tiro postrero que lanza  
Sobre tí la fatal catapulta,  
Al profeta infelice sepulta,  
Que el estrago anunciábate fiel.

Y al morir, este acento repite,  
Que en el eter divágase puro:  
„¡Ay del pueblo, del templo, del muro!  
„¡Ay de tí, desdichada Salen!”

Antes de pasar la vista por el cuadro que tan vigorosa-  
mente pintó Josefo, será conveniente recordar entre  
TOM. II. 12

otros delitos de aquel pueblo el que cometió llevando á Dios á un patíbulo ignominioso, entre la gritería y la blasfemia, despues de haberlo azotado y burlado indignamente, de cuya manera se entenderá la causa de los horrores que van á leerse, horrores que fueron el castigo de aquel espantoso deicidio.

Josefo, autor contemporáneo, refiere los horrores de la hambre en los infelices habitantes de Jerusalem. „Tan peligroso, dice, era para los ricos quedarse como quererse escapar, porque le bastaba á uno tener dinero para que se buscara motivo de asesinarlo. En tanto, el hambre crecía, y crecía tambien el furor de los sediciosos, y cuantos mas días pasaban, tanto, ambos males reunidos, producian mas terribles efectos. Como en lo público no habia trigo, estos enemigos de su patria que habian encendido el fuego de la guerra, entraban á fuerza á las casas para buscarlo. Si lo hallaban, golpeaban á sus dueños en castigo de no haberlo manifestado, y si no lo hallaban los acusaban de haberlo ocultado, les hacian mil perjuicios para obligarlos á descubrirlo, y bastaba tener buen semblante y estar sano, para tenerlo por culpable de aquel supuesto delito. Por lo que mira á los que estaban en la última miseria, dejaban á la hambre que los consumia el trabajo de matarlos. Muchos ricos vendian en secreto todos sus bienes por una medida de trigo, y los ménos acomodados, por una de cebada. Despues se encerraban en lo oculto de sus casas, donde unos comian el grano sin moler, y otros hacian harina segun lo permitia la necesidad ó el temor.

En ninguna casa se ponía la mesa, sino que cada uno cogía de encima de los carbones lo que iba á comer sin aguardar á que se cociera. ¿Se ha visto miseria mas lamentable? Solo los que tenian las armas en la mano estaban libres de ella: los demas lloraban inútilmente su desgracia, y como no hay consideraciones que un mal tan urgente no haga perder, las mugeres arrancaban el pan de las manos de sus maridos, los hijos de las manos de sus padres y (lo que parece increíble) las madres de las manos de sus hijos. Los que lograban esto, no podian ocultarse tanto que no se les quitara lo mismo que acababan de arrebatarse á los otros, porque luego que se veía cerrada una casa, la sospecha de que los encerrados tenian algo de comer, hacia romper las puertas para entrar y quitarles los bocados de la boca. Golpeaban á los ancianos que se negaban á cederlos, á las mugeres las agarraban de la garganta si ocultaban algo en las manos, y sin tener compasion á los niños que mamaban, los arrojaban contra el suelo despues de haberlos arrancado de los pechos de sus madres. Los que corrían para arrebatarse el pan á otros, se encolerizaban contra los que habian corrido mas aprisa que ellos, como si los hubieran ofendido gravemente: por fin, no habia tormentos que no se inventaran para hallar medios de vivir. Colgaban á los hombres y les metían en la carne palos agudos, y les daban otros tormentos inauditos, solo por hacerles confesar que habian escondido una torta de pan ó un puñado de harina. Estos verdugos creían que en necesidad seme-

jante se podía, sin pasar por crueles, ejercer tan espantosa inhumanidad, y por este arbitrio amontonaron víveres para seis días. Quitaban también á los pobres las yerbas que habían recogido de noche fuera de la ciudad con riesgo de su vida, sin escuchar siquiera los conjuros que les hacían en nombre de Dios para que les dejaran alguna pequeña parte, y creían hacerles mucho favor con dejarles la vida.”

„Así eran tratados los pobres por la soldadesca; mas á las personas de calidad se les conducía delante de los tiranos que autorizaban todos estos delitos, y con falsas acusaciones hacían morir á unos como cómplices de conspiración para entregar la ciudad á los romanos, y á la mayor parte, con el pretexto de que querían pasarse al enemigo. Simón enviaba á presencia de Juan aquellos que había despojado de sus bienes, y Juan enviaba á presencia de Simón (jefes de los sediciosos) los que él había del mismo modo: así jugaban con la sangre del pueblo y dividían entrambos los despojos de los desgraciados....”

„Sería cosa imposible querer contar con particularidad todas las crueldades de estos impíos. Me contentaré con decir que desde la creación del mundo ninguna ciudad ha padecido tanto, ni se han visto otros hombres cuya malicia fuese tan fecunda en iniquidades. Pueden gloriarse de haber arruinado á Jerusalén, de haber obligado á los romanos á conseguir tan funesta victoria, y merecer que se les considerara como los incendiarios del templo. Vieron quemar la ciudad alta sin manifestar el menor dolor, ni derramar una so-

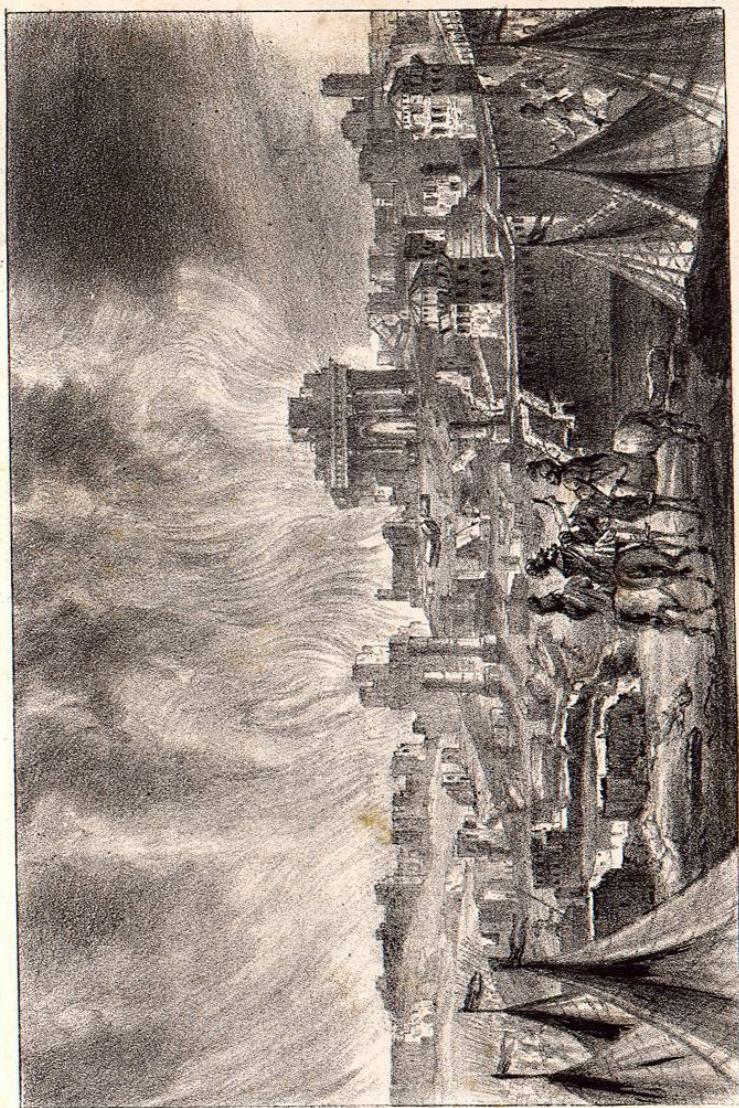
la lágrima, cuando hubo romanos que tuvieron estos sentimientos de humanidad....”

Tito entre tanto hacía avanzar sus plataformas, aunque sus trabajadores eran molestados mucho por los judíos que defendían las murallas, y mandó emboscar una parte de su caballería para coger á los que salían á buscar víveres, entre quienes había soldados y á los cuales no les bastaba lo que robaban en la ciudad; pero la mayor parte era de pobres, á quienes el temor de dejar á sus mugeres é hijos espuestos á la rabia de aquellos furiosos impedía la fuga, pero la hambre obligaba á salir. La necesidad y el temor del suplicio los obligaba á defenderse cuando eran descubiertos y atacados, y como no esperaban alcanzar misericordia después de haberse defendido, tampoco la imploraban, y eran crucificados á la vista de los sitiados. Tito veía en esto tanta mas crueldad, cuanto que no había día que no cogieran quinientos y á veces mas; pero no hallaba modo de soltarlos, porque los habían cogido á fuerza de armas, y por otra parte le era difícil custodiar á tanta gente, y también esperaba que tan terrible espectáculo pudiese inspirar á los sitiados el temor de ser tratados del mismo modo; porque el odio y la cólera de los romanos hacía sufrir á estos desgraciados antes de morir todo lo que puede esperarse de la insolencia de los soldados en campaña. Ya no había lugar para las cruces, ni cruces para los prisioneros; pero tan lejos estaban los facciosos de cambiar de opinión, que por la inversa, se ponían mas furiosos.....”

La destrucción de esta Jerusalen que Jesucristo predijo y lloró, merece por lo tanto que nos detengamos en describirla; y para ello oigamos á Josefo, que fué testigo ocular de este suceso. Habiendo los romanos tomado la ciudad, un soldado puso fuego al templo.

„En tanto que de esta manera el fuego devoraba tan magnífico templo, ansiosos los soldados del pillage mataban á cuantos se les venian á las manos, no perdonaban ni edad ni estado; niños y viejos, sacerdotes y gente profana, todos éran pasados á cuchillo, y todos caían en tan general matanza: ni mas bien librados salian los que imploraban misericordia, que los que tenían ánimo para defenderse hasta el último extremo. Confundianse los ayes y lamentos de los moribundos con el ruido que hacian las llamas que á todas partes se iban estendiendo; por manera que como aquel edificio era tan grande y elevado, los que veian el incendio de lejos, creían que toda la ciudad ardia y estaba llena de fuego.

Ni podia imaginarse cosa mas terrible que el ruido que por todas partes resonaba. Y ¿cuán grande no era tambien el que hacian las legiones romanas con sus furiosos alaridos? ¿Cuán grandes gritos no alzaban los sediciosos viéndose por todas partes cercados de fuego y de armas? ¿Y cuáles no eran las lamentaciones de aquel infeliz pueblo, que hallándose entónces en el templo, estaba tan lleno de pavor, que huyendo se arrojaba en medio de sus propios enemigos? ¿Y cuán confusa gritería no levantaba hasta el cielo la muchedum-



Incendio y toma de Jerusalen por los Romanos.

bre de gente, que estando sobre el monte fronterizo del templo, veía cosa tan espantosa? Aquellos mismos á quienes el hambre habia reducido á tal extremo, que estaban cercanos á morir, viendo el incendio del templo, reanimaban sus fuerzas para llorar tan extraordinaria desgracia. Resonaba con el ruido toda la region que está de la otra parte del Jordan, y los montes que alrededor habia, hacian retumbasen mas los alaridos; pero por espantoso que este ruido fuese, aun lo eran mucho mas los males que lo causaban. Era tan grande y tan violento el fuego que abrasaba el templo, que parecia que el mismo monte sobre el que estaba, ardia hasta en sus fundamentos. Y con tanta abundancia corria la sangre, que parecia disputar con el fuego á quién se estenderia mas. El número de los muertos sobrepujaba al de aquellos que á su furor y venganza los sacrificaban: todo el suelo estaba cubierto de cadáveres, y por encima de ellos corrian los soldados persiguiendo á los que procuraban huir. . . . .

Desde el 14 de abril hasta el 1.º de julio del año 71 de nuestra era, salieron por sola una puerta de Jerusalem ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres. Comieron los habitantes las pieles de los zapatos, el heno, y hasta las inmundicias que buscaban en los albañales de la ciudad, y una madre se comió á su propio hijo. Los sitiados se tragaban sus monedas de oro, y cuando lo supieron los soldados romanos, mataban á los prisioneros para buscar en los cadáveres de aquellos

infelices el dinero que ocultaban. Murieron en la ciudad de Jerusalem un millon y cien mil judíos; y en lo restante de Judea un millon doscientos treinta y ocho mil cuatrocientos sesenta; y no se comprenden en esta cuenta las mugeres, los niños, y los ancianos que murieron de hambre, en los alborotos, ó en las llamas. En fin, se hicieron noventa y nueve mil doscientos prisioneros, de los cuales unos fueron sentenciados á los trabajos públicos, y otros al triunfo de Tito; y los hicieron salir á los anfiteatros de Europa y de Asia á combatir á muerte unos contra otros, para divertir al populacho del mundo romano. Las mugeres y los muchachos que no habian cumplido diez y siete años de edad, fueron vendidos en pública almoneda, donde por un dinero daban treinta. La sangre del Justo fué vendida en Jerusalem por treinta dineros, y el pueblo habia dicho: *Caiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos*. Dios oyó esta imprecacion, y por la última vez cumplió los deseos de los judíos, y luego apartó sus ojos de la tierra de la Promision y escogió un nuevo pueblo.

Treinta y ocho años despues de la muerte de Jesucristo fué quemado el templo, por manera que muchos de los que habian oido la prediccion del Salvador, pudieron verla cumplida.



## CAPÍTULO XIII.

### TRIUNFO DE TITO Y VESPASIANO EN ROMA POR LA RENDICION DE JUDEA.

**E**L príncipe Tito, dice Josefo, habiendo logrado vientos favorables en toda su navegacion llegó á Roma, y fué recibido allí del mismo modo que lo habia sido Vespasiano; pero con otro honor mas, y fué que su admirable padre salió á recibir en persona á su hijo incomparable, cuya circunstancia unida á la de haberseles agregado Domiciano, inspiró tal júbilo á todo aquel gran pueblo, que parecia haber en esto algo de sobrenatural.

A pocos días, resolvieron Tito y Vespasiano, que solo hubiese un triunfo para los dos, á pesar de que el